

Francisco de Larraga, Jaime de Corella, famoso por su manual de confesores, y Joaquín de Lizarraga. Los más próximos a nuestros días son el dominico Francisco Marín-Sola, profesor en Manila y Friburgo, el jesuita Juan Alfaro, profesor de la Universidad Gregoriana, Juan David García Bacca, original filósofo, José M.^a Sánchez de Muniain, José Todolí y Jesús Arellano. La presentación de cada uno de estos escritores tiene tres partes: a) una síntesis de su vida; b) las obras, incluyendo la localización de los manuscritos, resumen del contenido y ediciones localizadas; c) la bibliografía, distribuida por Diccionarios, obras de carácter general y monografías. En conjunto, esta obra de la profesora Azanza es un auxiliar imprescindible para empezar la magna obra que espera llevar a término: una historia de la teología y de la filosofía en Navarra. Este camino, iniciado ya en otras regiones de España, es el que garantizará que, al fin, tengamos la historia del pensamiento español que todos deseamos, porque los grandes ríos se forman de la confluencia de muchas aguas. Nos alegramos de la feliz iniciativa emprendida por los filósofos y teólogos de Navarra, personificada ahora en el interesante libro de la profesora Ana Azanza.

J.A.

GARCÍA LÓPEZ, Jesús, *El conocimiento filosófico de Dios*, Eunsa, Pamplona, 1995, 249 pp.

El profesor García López ofrece en este libro todos los materiales de un clásico tratado de teología natural. A fin de lograr brevedad, se entretiene más en exponer y demostrar las tesis para él más aceptables que en refutar las opuestas.

A lo largo de todo el desarrollo doctrinal, el autor supone que el lector de su libro conoce ya todas esas «cuestiones previas», debidamente resueltas en disciplinas metodológicamente anteriores, como la ontología o la teoría del conocimiento.

Hace preceder —y lo justifica cuidadosamente— la «cuestión existencial» a la «cuestión esencial» de Dios, además de dar más espacio a la segunda que a la primera. Sin embargo, creo que anticipa indebidamente algunas cosas de la «cuestión esencial» cuando está respondiendo a la «cuestión existencial».

Su estudio: es sistemático y dentro de la línea doctrinal de santo Tomás de Aquino: de él son casi todas las citas textuales aducidas, de él es también la estructuración de la materia, lo mismo que la inmensa mayoría de las soluciones ofrecidas. Aun así, queda bastante —tesis mantenidas y razones de apoyo— a cuenta del autor.

Al tratar de ciertas tesis —como el ontogonismo y ocasionalismo (Malebranche), el panteísmo y el determinismo (Spinoza), o el agnosticismo (Hume y Kant)— se limita a dar una noticia sucinta de ellas, eludiendo la referencia a sus patrocinadores. Opino que habrían sido muy clarificadoras algunas citas textuales.

Dentro de la Introducción, el art. 2 (el conocimiento filosófico) anticipa indebidamente el desenlace de su estudio (p. 10). Por otra parte, el art. 3 (el conocimiento sobrenatural), muy determinado por la fe católica del autor, no es coherente con una indagación puramente racional. En la sección A (cuestiones fundamentales del conocimiento filosófico de Dios) del cap. 1, los dos primeros párrafos anticipan indebidamente resultados posteriores. Igualmente, al defender la imposibilidad de probar «a priori» la existencia de Dios, argumenta utilizando conclusiones posteriores (p. 26). Creo que el epílogo (pp. 239-249) no es tampoco coherente con la naturaleza del estudio, aparte de que el art. 1 (misterios fundamentales de la fe cristiana) se llena con dos largas citas de la profesión de fe de Pablo VI, y el art. 2 (exposición teológica de esos misterios), con una cita del catecismo romano y otra, de dos páginas y media, del teólogo Ludwig Ott.

Es excelente su exposición sobre la noción de *analogía* (pp. 94-102). Es un acierto el haber colocado el estudio del constitutivo formal de Dios al final de los atributos entitativos. Por lo demás, se ve por doquier la mano maestra de un avezado expositor de santo Tomás de Aquino.

SALVADOR VICASTILLO